

Rosi “La Rubia”

Mi familia es pobre y complicada, pero bebemos vino porque mi padre se lo trae muy barato y en garrafa. Todos hacemos eso en las comidas, incluso a media tarde nos echamos medio palmo de vino en un vaso de tubo y nos lo metemos entero para que llegue bien a la sangre. Nosotros nunca hemos bebido vino en copa. No somos señoritos. Somos gente normal que no destaca en nada. Mi abuelo dice que el vino "sortea algo", te salva, hace que te interese la vida. Dice que beber vino y comer botillo es la auténtica propina de la vida.

Mi hermano pequeño es rapero y lleva el pelo a cazo y también bebe vino y se harta de botillo. Mi padre está casi siempre en paro, es un poco cursi y tartamudea, tiene desprendimiento de retinas, le faltaron unas décimas para entrar en la ONCE y dice mucho que el mundo es un manicomio "devastado". Sí, dice esa palabra: "devastado", y cuanto más vino bebe y más botillo come, más la dice, porque a pesar de su tartamudez mi padre es un redicho. Mamá se llama María, es una madre dulce que hace muy bien de comer y trabaja a media jornada en una fábrica de harinas. Y el abuelo se llama Anselmo y ve mucho la tele, hasta ha hecho poza en el sofá, sus médicos le han mandado unas pastillas muy buenas para que le interese la vida, pero las ha cambiado decididamente por el vino. Dice: "Los médicos no saben otra cosa más que mandarnos a los ancianos pastillas para que nos interese la vida". Y por eso ya no se las toma y algunas veces me las tomo yo. Y yo voy al instituto, juego mucho al fútbol y de vez en cuando me aburro, pero abro un libro y leo. O me voy a ver a mi otra abuela que vive por el centro.

En casa bebemos todos tinto, pero mi otra abuela solo bebe vino blanco. Ella es más señorita y sí se toma sus pastillas para que le interese la vida. Cuando junta las dos cosas, el vino blanco y las pastillas, se embelesa en algo y mira al infinito como si estuviera viendo "Los niños con uva" de Murillo o las "Las meninas" de

Velázquez, que es como interesarte también mucho la vida. Entonces se pone tierna y dulce como mi madre y le da por la poesía. Es una de esas abuelas viudas buenas como el pan que tienen libros de poesía en casa y, al escuchar la radio, llaman por teléfono para formular sus preguntas a Antonio Gala o a Pitita Ridruejo. Es una de esas abuelas que han formado familias preciosas y están siempre atentas a no desordenar nada de lo que existe en el mundo. Una de esas abuelas que se peinan como novias para ir a la pescadería un jueves por la mañana y llevan oro auténtico en las pulseras y en los anillos de sus manos manchadas por la edad. Abuelas así quedan ya muy pocas. Yo la quiero mucho porque me da libros y me pone también una copa de vino blanco para que me interese un poco más la vida cuando vengo a verla. Y cuando estamos un poco ebrios me dice:

- Nieto: "Ni este mundo ni yo tenemos ya remedio, pero caeré diciendo que la vida era buena, la quiero para siempre. Con muchísimo amor"- Que son unos versos de Félix Grande que yo también he leído porque los tiene subrayados en un libro que me dejó en Navidad. Y entonces dice: ¡Anda, llévame a ver la calle!- Y vamos por ahí.

Ella se coge a mi brazo y, con tesón y esfuerzo, camina como puede hasta llegar al parque. Entonces nos sentamos a ver las palomas y monologa. Monologa muy bien y me cuenta dosis de su vida. Hoy me ha contado esto:

- Ya no soy joven y quisiera llorar. No puedo tomar sopa. Me tiembla la cuchara y me pongo perdido mi chándal color fucsia. Ya no soy joven, pero la gente de mi calle me llama todavía "Rosi la Rubia". No tengo ganas nada más que de tener los ojos cerrados todo el santo día para recordar que en el instituto me nombraron Miss Cabello Bonito Y Mis Simpatía. Fue una noche magnífica. Olía a los cipreses del patio y al Licor 43 que llevábamos en los vasos y a ropa de estrena y a colonias, no se me ha olvidado todavía. Allí estaba yo, nieto, una chica de diecisiete años, con mis pechos soberbios y *parriba*, vestida como una princesa escandinava, con el pelo

escardado cayéndome en mis hombros calientes y desnudos, con aquella banda blanca que me puso el director del instituto. Me acuerdo mucho de esas cosas, nieto. Ay, nieto, qué feliz fui.

Entonces se detiene, suspira y vuelve de nuevo:

- ¿Sabes? Todavía me duele la belleza de los hombres que pasan junto a mí, pero me la quito con vino blanco y un poco de botillo. Yo adoro el vino blanco a la temperatura de las lágrimas. Me salva cada día beber media botella a la hora del crepúsculo. Entonces pongo música y pienso mucho en mis cosas. Pienso, por ejemplo, en que la vida es una cinta transportadora que te lleva sin prisa a donde debes ir, no a donde quieres, sino a donde debes ir. Una cinta que corre sin pensar mucho en ti, en mí, en nosotros. La vida es esa cinta en la que todos vamos subidos, la cinta que te lleva sin prisa a donde quiere. Así: Ahora vas a pasar por tu primer beso, ahora vas a pasar por el invierno, ahora estás haciendo la primera comunión, ahora te vas a matricular en Derecho, ahora celebrarás la trigésimo segunda nochebuena, ahora estás viendo el palacio de Oriente, ahora llueve mucho en los cristales, ahora es un martes de noviembre y te has bebido una botella de vino blanco a la temperatura de las lágrimas... Y entre medias pasan otras cosas: Se muere tu marido, se te espesa la sangre, te mandan el sintrón, te pones dentadura y esa fiebre que se trae una a casa cuando vuelve del cine los domingos. Incluso a veces, yendo en esa cinta, sin salirte nunca de ella, nos rebelamos un poco y cerramos los ojos para entrar en el territorio de las preguntas tristes y el ensueño, para poder sentir algo muy parecido a si tocarás las pieles de las nutrias vivas o la piel de un delfín o de una rosa magnífica. Lo cierto y verdad, nieto, es que cada uno de nosotros tenemos una hiel en el alma que no sabemos cómo explicar y cerrar los ojos cuando estamos muy solos la tranquiliza, ayuda a adiestrarla para que se comporte como los músicos de jazz que no se inmutan nunca y saben ir sentados en esa cinta cósmica que es la vida. Cada uno de nosotros es un pobre payaso

tartamudo que va subido en la cinta y sólo piensa a veces, cuando se pone a pensar en serio, que su alegría se va poco a poco quedando colgada de una estrella y que el alma se nos va volviendo triste y resentida. Yo voy ahora, a mis ochenta y dos años, por esa zona de la cinta en la que lo que vas viendo ya no tiene ese fulgor precioso de las cosas que impresionan por primera vez y los ojos se me cierran solos por las tardes sentada en casa viendo el trigo de Ucrania por la 2 y preguntándome a solas en voz baja: "¿Quiénes somos? ¿Por qué nos comportamos así? ¿Quién presiona esas pinzas que a veces nos aprietan en el corazón? ¿Quedarme quieta en el sofá también es vivir?"

Se vuelve a detener y suspira. ¡Qué gusto me da oírla!

- Por lo tanto yo voy muy calladita y quieta en mi cinta de la vida, mirando el monitor, mirando intensamente cualquier monitor encendido, porque siempre me ha gustado mucho esa elegancia con que las marionetas mueven los brazos o las mariposas vuelan o brincan las gacelas. He visto todos los documentales de la 2. Mi marido, tu abuelo, disfrutaba con la Liga de Fútbol, los fichajes, los entrenadores, las tácticas, las alineaciones y sobre todo los resultados y los goles y yo disfruto con los documentales del canal Odisea o de la 2. Por las tardes me quedo sola en casa y, como no me gustan ni las telenovelas ni los programas del corazón, soy un bicho raro en eso, pongo documentales para matar el tiempo. Ver muchos documentales te da una comprensión poliédrica del mundo, te hace que viajes de manera más dulce en esa cinta. Te hace que veas en perspectiva. Te enteras de cómo los esquimales acostumbran a depositar su propia saliva en la boca de las focas que acaban de matar para evitar que regresen al mundo y de que las salamandras regeneran sus patas si se las cortan y de cómo un eclipse de luna equivoca a las flores. En los documentales se suelen ver también pequeñas historias humildes de muchachas que tienen anorexia y de niños bolivianos pobres que se mueren sin haber visto nunca el mar ni las piscinas y de tristísimas prostitutas de la India que se

peinan en la calle con un trozo de espejo en la mano y de cómo a un marroquí en Francia le han negado un trabajo por su pequeña cojera. Siempre me pasa eso. Qué pequeño y qué grande es a veces el mundo. Cuando bebo mucho vino blanco y salgo de casa buscando eso muy fuerte que debe haber en la vida, termino siempre llorando, me siento exactamente igual que una mariposa extraviada en un sótano y soy capaz de llorar por la calle mientras la gente me mira y se pregunta por qué lloro. Entonces entristezco y en mi cabeza algo me dice que el tiempo está podando furiosamente en ella. Por eso siempre vuelvo a casa como si me hubiese perdido en la vida o como si la cinta estuviese llegando a su fin. Y por todas esas cosas tristes que pienso, me entrego de lleno a beber vino blanco a la hora del crepúsculo. Pero me tengo que quitar. Me tengo que quitar. Seguir al pie de la letra las instrucciones de una receta de mi libro de cocina. Poner más canciones de Machín... A veces cuando estoy un poco bebida y cocinando, anhelo mucho hablar con Dios o con Neruda y echo de menos un teléfono blanco para poder hacerlo. Siempre que veo uno de esos hermosos teléfonos blancos antiguos, sueño con hablar algún día desde ellos con Dios o con Emily Dickinson o con alguien así que yo venere y quiera mucho. Le diría algo así: Querido Dios. Dos puntos. Si hubiera un tren que me llevase de nuevo a la infancia, me gustaría ir en él. Quiero que lo sepas y que sepas también que hoy me han diagnosticado grasa en los músculos hepáticos. Deberían llover pedazos de anestesia o haber puentes de niebla hacia un país de azúcar donde no estamos nunca. La infancia es mi país de azúcar. Debería haber un tren que perdonara el dolor que producen en el pecho algunos recuerdos y esas cosas que con la edad nos han brotado en el alma para arañárnosla. Un tren en el que poder montarnos a cierta edad para que todo sea más sencillo, más sencillo, mucho más sencillo. O le haría algunas de mis preguntas humanas que tengo escritas y guardadas en mi cajón de la mesilla: ¿Cuántos kilómetros hay entre tus ojos y los míos, Señor? ¿Por qué me gustarán, querido Dios, todavía esas películas tan viejas

de Marisol y Marcelino Pan y Vino? ¿Por qué conservo aún y leo por las tardes el libro "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" de Pablo Neruda? ¿Cómo es posible que aún me guste eso y los ojos se me emocionen con lágrimas intensas? ¿A dónde nos encaminamos? ¿A dónde van los trenes? ¿Qué queremos cruzar, querido Dios? ¿Por qué existen las rosas, el botillo del Bierzo, las yeguas, los destinos? ¿No sería mejor vivir sin los destinos? ¡Son tan duros a veces los destinos! Los destinos me recuerdan siempre a ese caballo que se ve corriendo como un loco por un prado cuando lo sobrevuela un helicóptero. ¿Dónde va ese caballo? ¿Dónde va ese helicóptero? ¿Hay sitios donde huir? ¿Se llega alguna vez? ¿A dónde va, Señor, toda esa gente que yo veo subir y bajar cada tarde de la estación de León y tiene limpios de grasa los músculos hepáticos y aún pueden comer muchas napolitanas de crema? ¿Con qué materia has hecho la irrealidad de los momentos bellos como cuando brilla el sol en las piscinas o en los vasos de vino? Algunas noches sería capaz de sembrar rosas en las grietas de algún glaciar azul... Vámonos, nieta, estoy comenzando a desvariar.

Y entonces la he querido mucho. Entonces me he dado cuenta de que todas las familias, bien miradas con lupa o microscopio, son hermosas y delicadas. Y me he sentido orgulloso de tener a mis abuelos vivos y a mi hermano con su pelo cortado a cazo y el fequillo como si le hubiese mordido en él una mula. Y a mi padre diciendo "devastado". Y a mi madre que es un sol y se llama María, nada menos que María. Y esta abuela tan lista y tan preciosa a la que todavía llaman Rosy La Rubia, y que hoy, al volver, al dejarla en su casa, me ha dado un billete azul de veinte euros y una copia de las llaves de su piso para que pase de vez en cuando por allí por si se queda muerta un día sentada en el sofá viendo el trigo de Ucrania.